La emoción de Teresa crecía.

—Y llevo, en fin, dijo Job en un momento de resolución, todo el amor de usted. Testigo es esa flor, que guarda usted entre sus trenzas, como mi cariño en el fondo de su alma.

El rostro de Teresa estaba encendido; su corazón palpitaba precipitado, y oíanse sus latidos; sus ojos se llenaron de lágrimas y de miradas de fuego.

—Sí, Job, adiós, le dijo con supremo esfuerzo.

Silenciosos, pero temblando, salieron hasta la puerta. Por la parte obscura de la escalera, subía Felipe. Un negro presentimiento le había hecho volver veloz á la conclusión de la ópera.

Al verlos, sintió vértigo de matar; pero tuvo miedo, miedo espantoso al presidio; y quedó como clavado en su lóbrego rincón.

Job abrió los brazos para despedirse de Teresa: ésta se arrojó en ellos; sus corazones palpitaban juntos, y sonaban como péndulo del reloj de una eternidad de dicha. Job quiso separarse; y entonces Teresa, tomándole con ambas manos la cabeza, le vió con delirio en los ojos; sus labios se unieron en el éxtasis de un beso; y como eco, contestó un gemido ahogado de Felipe.

LA PRIMERA LAGRIMA.

Job no partió.

En el misterio del secreto, en cielo convirtieron su existencia Palákis y Teresa. Todo el mundo ignoraba su felicidad. Job no volvió á la casa de la calle de Tronchet; nadie le vió más en su butaca de los Italianos; y las gentes creyeron á ciegas que había sido el más desgraciado de cuantos se acercaron á la famosa bailarina.

Solamente un hombre conocía sus amores; solamente una sombra los seguía por todas partes: el gran Felipe. En su corazón se habían desarrollado inmensamente dos opuestas pasiones: odio sin límites para Job, amor infinito para Teresa. Quería vengarse del primero; pero temía perder á ésta. El amor de Felipe á Teresa, salvaba á Job de su odio.

Felipe, con tanto sufrimiento, había envejecido rápidamente; su semblante estaba amarillento y demacrado; sus ojos hundidos brillaban como lámpara que se apaga; su mano temblorosa hacía desafinar horriblemente su violón; solamente en la voz no se le notaba cambio, porque no se le oía: Felipe ya no hablaba.

Teresa nada notaba: encerraba en su alma un sol de dicha que, deslumbrándola y ofuscándola, nada le dejaba ver. Los demás no paraban su atención en el pobre músico: acostumbrados estaban á mirarle como á un mueble de la casa. En los cuadros, las figuras que están en la penumbra del último término, no se perciben bien nunca. Son reglas del arte.

Una tarde estaban hablando en el peristilo de la Bolsa nuestro crítico y Madisson, cuando acertó Palákis á desembocar en la plaza por la calle Vivienne. Hacía mucho tiempo que no le habían visto. Palákis iba abstraído en su felicidad. Llamáronle. Alzó la cara, y al contemplar á Madisson, sintió dolor en su alma. Muchas veces, desde que era amado por Teresa, había sostenido terrible lucha consigo mismo. Su deber de caballero le impelía á buscar á Madisson, para batirse con él; pero era eso tanto como revelar el secreto de Teresa, que

no era suyo solamente. Por fortuna, hasta entonces no había encontrado á Madisson. Este, al verle, había dicho:

—¡Qué triste viene Palákis!

Había tomado por tristeza la inmensa dicha en que Job se reconcentraba, pues tanto así se parecen los grandes placeres y los grandes dolores, que puede decirse que no hay dolor sin placer, ni placer sin dolor. Sin duda por eso, lo mismo que al gemir, se contraen los labios al sonreirse.

—Triste está usted con su desgracia, le dijo Madisson á Job.

—Y usted insolente, le contestó éste, encontrando la oportunidad de cumplir como caballero y como amante.

Quiso Madisson entrar en explicaciones; pero Job le entregó su tarjeta y le volvió la espalda.

—Susceptible está el desdichado amante, dijo sonriendo Madisson: le mandaré mis testigos.

Dos días después, Job caía gravemente herido en el bosque de Boulogne.

Los periódicos hablaron del suceso: Felipe pudo ocultárselo á Teresa; la desdichada solamente sabía que ya no veía á Job.

Entre tanto, la noticia llegó á Atenas,

y la condesa Palákis partió á París en busca de su marido.

Habían pasado dos meses. Teresa, enferma, se había seperado del teatro; Felipe había cuidado de cambiar de habitación; Job se levantaba por primera vez de la cama, é iba á pasar su convalecencia en compañía de su esposa, á una encantadora casita escondida en medio de un jardín, cerca de la iglesia rusa.

Job no sabía de Teresa.

Teresa no sabía de Job.

Felipe vigilaba á los dos.

Comenzó Job á dar pequeños paseos fuera de su casita, acompañado de su bella esposa. Era ésta blanca como Venus de mármol de Paros; alta y hermosa como estatua de Fidias; vestía con lujo oriental y elegancia parisiense reunidos; á la severidad de una diosa adunaba la dulzura de un ángel. Madre de la caridad, más que esposa, cerca del lecho de Job, había ido borrando en el alma de éste el recuerdo de Teresa, la que apenas quedaba en el fondo de su corazón como imagen desvanecida que se va perdiendo en lontananza. Job esperaba que su convalecencia le permitiera ponerse en camino, para ir á pasar el verano á un viejo castillo de sus antepasados, que levantaba, no muy lejos de Atenas, sus ya carcomidas torres.

Felipe observó los paseos, y se forjó su plan. Temía que Job buscase á Teresa; juzgaba que la perdería para siempre, si los dos amantes se volvían á encontrar.

Una mañana llevó á almorzar á Teresa al Chateau de Madrid. Esta estaba más que nunca triste, y ni siquiera fijaba la vista en los carruajes que por casualidad paseaban por el bosque. De pronto, Felipe se fijó en una victoria abierta, que sin duda era lo que en aquel sitio esperaba. Tirada por dos hermosas yeguas inglesas, se adelantaba rápidamente. En su interior iban Job y su esposa. Esta, más bella que nunca, sonreía contenta, y daba el rostro hacia el lugar en que se hallaba Teresa; Job casi volvía la espalda, escuchando atento la cariñosa plática de la compañera de su vida.

—Ahí viene el conde Palákis, dijo intencionalmente Felipe.

—¿Quién es esa mujer? contestó lívida Teresa.

—Una cantante italiana que es hoy la querida del señor Job, replicó Felipe sabiendo que mentía; pero ya hemos dicho que tenía su plan.

La victoria se perdió detrás de la cascada; una lágrima silenciosa rodó por la faz pálida de Teresa; y en los labios del gran Felipe se dibujó la misma sonrisa de Mefistófeles.